ya todo el mundo á ponerme contradicción!» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 3.)

V

Era el tiempo entonces harto recio y frío; pero el verdadero calor para el alma de la santa Madre, esto es, la voz de Jesús, había deshecho la nieve de tibieza que la cubría, y poco le importaban ya los rigores de la estación.

A través de los valles escarchados y las malezas vestidas de hielo, se puso en camino con cinco monjas y una freila de tan buen espíritu y claro talento, que le ayudaba más que las otras.

Antes de salir de Valladolid escribió al canónigo Reinoso, y la respuesta de éste no se hizo esperar; avisábale tener ya casa alquilada con el secreto que se le encargó, y tal noticia hizo á Teresa cobrar mayores ánimos; decíale también que la nueva morada estaba surtida de camas y muebles indispensables, así como de los víveres que se habían podido hallar.

La santa Madre alabó á Dios de haber encontrado persona que, sin conocerla, se esmerara tanto en servirla, y admiró los medios de que se valía la Providencia divina para realizar sus fines.

Después de un viaje muy penoso llegaron á Palencia, á cuya entrada las esperaba el buen Reinoso para conducirlas á su nueva casa, donde hallaron más comodidades de las que juzgaron nunca tener, pues hasta les habían prevenido abundante y delicada colación. La fundadora dió gracias al Canónigo con toda la efusión de su ardiente gratitud, y él quedó tan pagado al escu-

charla, que desde aquel día hubiera querido realizar imposibles para ayudar en algo á la gran empresa de la reforma carmelitana.

Al día siguiente, fiesta del rey David, se dijo la primera Misa, y se consagró el monasterio al patriarca San José.

Envió luego Teresa á buscar al Obispo, y éste se apresuró á venir; hallábase muy alegre, y manifestó su agradecimiento á la fundadora en términos sumamente expresivos; mandó al mismo tiempo al Provisor que facilitase á las monjas algunas cosas de que carecían, y les ofreció proveerlas del pan necesario. Como D. Alvaro de Mendoza era extraordinariamente amado de sus diocesanos, Palencia entera se interesó por la fundación que él protegía, y *no hubo nadie*—dice la santa Madre—«á quien pareciera mal; toda la gente es de la mejor masa y nobleza que he conocido, y así cada día me alegro más de haber fundado allí.»

VI

Había en la ciudad un santuario dedicado á Nuestra Señora de la Calle; y como el deseo del Prelado era que las religiosas tuvieran casa propia, le pareció que dos que se hallaban próximas á la ermita bastarían, y empezó á tratar de comprarlas; mas los dueños de las fincas, deseosos de aprovechar la ocasión, pedían tan caro por ellas que no cabía avenencia posible. Teresa las vió y no le parecieron buenas: antes por nada las quería; tal fué también la opinión de los que la acompañaban; así, convinieron en buscar otras,

que hallaron pronto, y fueron tan adelante los conciertos que en pocos días sólo faltaba firmarlos.

Sentía la santa Madre como una espina en el corazón que no la dejaba sosegar, y era el recuerdo de la ermita que D. Alvaro, en unión con el Cabildo, le había cedido; pensaba en las ventajas de unas y otras moradas, y hallaba que en las primeras tenían al menos labrada iglesia, y que en las segundas tendrían que levantarla á su costa; en fin, después de pensarlo mucho y de oir diversos pareceres, vino á decidirse por las últimas.

Oía Misa al día siguiente de esta determinación, y de pronto extraño cuidado empezó á desasosegarla. ¿Tomaría la más cercana á la iglesia mayor, que tan acomodada parecía? ¿Optaría por las vecinas al santuario de Nuestra Señora?

Llegóse á comulgar, y apenas recibido el cuerpo y sangre, alma y divinidad de Cristo Dios, oyó distintamente estas palabras:

—*Esa te conviene.* (*Fundaciones*, cap. XXIX, número 9.)

Estremecida al escuchar tal orden, pensó:

—¿Cómo deshacer los contratos que acaso se firman en este momento?

La voz de Jesús tornó á decir:

—*No entienden lo mucho que allí soy ofendido, y esto será gran remedio.* (*Fundaciones*, capítulo XXIX, núm. 9.)

Un pensamiento de temor hizo dudar á la santa reformadora, por más que el efecto que hacía en su alma bien daba á entender que era espíritu de Dios.

—*Yo soy;*—dijo solamente el Señor para responder á tan importuna idea.

Apenas salió del coro, hizo llamar la fundadora al canónigo Reinoso, que acudió inmediatamente; con llaneza y verdad le dió cuenta de lo que pasaba, confiándole las veces que el Señor se había dignado guiarla en sus empresas, y terminó rogándole le aconsejara qué hacer para cumplir la orden recibida.

—Aunque temo que el asunto dé que decir, —respondió Reinoso con santa cordura,—lo primero es Dios; así, romperemos con todos y se hará lo que su reverencia desea.

—Tengo gran confianza en que el Señor otorgará más de lo que nos atrevemos á pedir,—dijo entonces la santa Madre;—esperemos al mensajero que ha de traer la última resolución.

No tardó éste, en efecto, pero con proposiciones inadmisibles; pues casi hechos los tratos, pedían trescientos ducados más; lo que fué buen pretexto para concluir, mientras los propietarios de las fincas junto á la ermita, temerosos de no venderlas, bajaron de sus pretensiones hasta el justo valor.

Ya tenían casa las religiosas, y tan buena como podían desearla; que el no haberlo conocido antes era ceguedad que ponía el demonio, y pronto se convenció la fundadora de esta verdad al saber que la ermita, por su situación distante del centro del pueblo, la circunstancia de hallarse abierta siempre, muy concurrida á todas horas, y aun haber la costumbre de hacer en ella piadosas velas, eran otros tantos motivos de que se aprovechaba el infierno para ofender á la majestad de Dios en su propia casa. Así, al tomar posesión de ella las hijas del Carmelo, fué general el con-

tento de los honrados vecinos al ver el santuario en poder de tan esclarecida Orden.

—«Yo no quisiera,—dice Teresa de Jesús,—dejar de referir con muchos loores la caridad que hallé en Palencia, en general y en particular; es verdad que parecía cosa de la primitiva Iglesia, al menos no muy usada ahora en el mundo, ver que no llevábamos renta y que nos habían de dar de comer, y no sólo no defenderlo, sino decir que les hacía el Señor merced grandísima en ello.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 12.)

VII

Cuanto más se disponía sobre el terreno la distribución del convento, más se espantaba la fundadora de haber desconocido sus ventajas. Don Alvaro Mendoza labró por sí capilla para la imagen de Nuestra Señora de la Calle, que antes estaba muy mal colocada; el canónigo Reinoso y sus amigos el caballero Suero de Vega y Pedro Salinas, allegaban recursos, vigilaban á los trabajadores y no se daban punto de reposo; era aquel caballero hijo de Juan de Vega, y marido de Doña Elvira Manrique, heredera del conde de Osorno; llamaban al matrimonio padres de los pobres, y también lo fueron de la Comunidad, á la que prestaron en todo gran favor.

Como Dios no escasea sus dádivas, antes las da con generosa largueza, en aquellos días recibió la fundadora cartas que le traían nuevas muy agradables. La primera y más importante era la separación de los calzados y descalzos, que formarían desde entonces Provincia por sí; á petición del Rey Prudente vino de Roma un Breve, y el Monarca, propicio siempre á la Orden carmelitana, señaló para representar los intereses de ésta á un religioso dominico llamado Fr. Juan de las Cuevas; aprobado y confirmado este nombramiento por la Corte pontificia, se formó en Alcalá un Capítulo, y verificado con mucha paz y concordia en el Colegio de San Cirilo de religiosos descalzos, fué elegido para Provincial de éstos Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

«Dióme con esto el Señor—dice la fundadora—uno de los más grandes goces y contentos que podía recibir en esta vida; que más había de veinticinco años que los trabajos, persecuciones y aflicciones que había pasado serían largas de contar.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 15.)

«Ahora—continuaba—estamos todos en paz, calzados y descalzos; por esto, hijas y hermanas mías, pues también ha oído el Señor nuestras oraciones, priesa por servir á Su Majestad; pongamos siempre los ojos en la casta de donde venimos, de aquellos santos profetas; santos tenemos en el Cielo que trajeron este hábito; tomemos una santa presunción, con el favor de Dios, de ser como ellos; poco durará la batalla, el fin es eterno; dejemos estas cosas, que, en fin, no son las que nos llegan á este fin para más amarle y servirle, pues ha de vivir para siempre jamás.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 16.)

La otra noticia que hizo palpitar de alegría el corazón de la santa Madre, se la daba Lorenzo de Cepeda en la postdata de una larga carta.

«Mi hija Teresa—escribía—entró ayer tarde á pretender el hábito en el convento de San José:

encomiende su reverencia á Dios la vocación de la futura novicia.»

VIII

Terminada la obra pocos días después de la fiesta del *Corpus*, D. Alvaro Mendoza dispuso que se trasladara la Comunidad, y que la toma de posesión se hiciera solemnemente. Vino con este objeto desde Valladolid, donde había ido á asuntos de la diócesis, para autorizar con su presencia tan fausto acontecimiento.

En un día de la Octava, y prevenido todo con gran aparato, se tendieron vistosas colgaduras y se juntaron varias capillas de música; cuanto más noble encerraba Palencia formó la procesión que acompañaba á la imagen de Nuestra Señora de la Calle, que iba por sus hijas para honrarlas más; llegado el lucido cortejo á la casa donde moraban las descalzas, éstas se incorporaron á él y siguieron hasta la parroquia próxima á la ermita, donde esperaba el clero con cruz alzada, rodeando las ricas andas de plata donde iba el Santísimo Sacramento del amor, que entre nubes de incienso y religiosos himnos fué llevado á la nueva iglesia, llamada San José de Nuestra Señora de la Calle, en la cual estuvo expuesto todo el día á la adoración de los fieles.

La santa Madre eligió Priora del nuevo convento á Isabel de Jesús, y Subpriora á Beatriz de Jesús, que llevó en el siglo el apellido de Ovalle, y era, como recordará el lector, la hija de Doña Juana de Ahumada.

CAPITULO VII

SORIA

I

Una señora de esta ciudad, llamada Doña Beatriz de Vaamonte y Navarra, tan noble que contaba entre sus ascendientes á los postreros monarcas del reino, casada sin sucesión durante muchos años, quedó viuda, y se dedicó á practicar obras de piedad; entre ellas tuvo la idea de levantar á su costa un convento, y consultó al obispo de Osma respecto á la Orden que elegiría. Como D. Alonso Velázquez era muy afecto á la Reforma descalza, encareció sus méritos á la noble dama, y ésta la aceptó desde luego.

Entonces el Prelado, en cuyo corazón vibraban como ecos celestiales los prudentes consejos y sabias lecciones que por obediencia recibía de su hija espiritual Teresa de Jesús (á quien confesaba siendo canónigo de Toledo), escribió á la